

po mismo, engendrando el Padre eterno al Hijo y produciendo el Padre y el Hijo al Espíritu Santo. Este es el adorable misterio que todas las criaturas veneran: los ángeles especialmente le honran en profundo silencio, y los querubines le contemplan cubriéndose el rostro con las alas y poseídos de un santo temblor. Este es el misterio imitado de tal suerte en la immaculada madre de Dios, que la representación se detuvo en ella sin atreverse á pasar adelante. Lactancio discurre muy sutilmente acerca de esto tomando pié de una expresión de Trismegisto, que llama á Dios sin padre y sin madre. Esta calidad, dice el orador cristiano (1), conviene propiamente al Padre eterno, que es el primer principio de la santísima Trinidad; no obstante quiso él comunicar á su hijo único esta perfección suya, y por eso como estaba ya sin madre en la generación eterna, deseó que fuese sin padre en la temporal. Bien podía decir el profeta que Dios haría una cosa inaudita sobre la tierra, porque después de la unión personal de Dios con el hombre no hay una maravilla igual á la de una virgen madre. Si yo tuviera gana, decía el devoto S. Bernardo (2), de alabar la virginidad de esta señora; sé muy bien que no es ella sola la que posee este honor, y que hay muchas vírgenes en su comitiva y en las del cordero su hijo. Si quiero publicar su humildad, encuentro algunos otros que se aprovecharon de los santos documentos del Salvador y á su ejemplo se hicieron mansos y humildes de corazón. Si se trata de su caridad, también hay personas misericordiosas tanto entre los hombres como entre las mujeres. Pero después de todas estas calidades tiene una que la hace enteramente singular, y es el grato título

(1) Lactant., l. 4, Divin. inst., (2) Serm. 4 de Assumpt.

de madre unido al honor de la virginidad. Esta es (hablando con propiedad) la excelente elección que hizo, porque aunque la fecundidad conyugal sea buena y aun mejor la pureza virginal, sin embargo las dos reunidas sobrepujan infinito á la una y á la otra. «Esta concordia, dice Teodoro, obispo de Angori en la Galacia (1), es la noble empresa de la gracia, porque la naturaleza no lo hubiera conseguido jamás.» «Aquí no hay nada de humano, dice S. Pedro Crisólogo (2); todo es divino, y por eso elevad vuestros pensamientos y concebid el seno de la Virgen como un templo consagrado por el Espíritu Santo, donde es adorado Dios en persona.» «Este es un misterio inefable, dice S. Cenon, obispo de Verona (3).» «Es un rasgo de la omnipotencia de Dios, dice Sofronio, patriarca de Jerusalen.» «Es un prodigio que merece considerarse despacio, dice S. Gregorio Niseno: así admiremos un hecho tan singular como es una zarza que arde sin consumirse.» El que quiera entretenerse con tales semejanzas, encontrará otras muchas que no le darán menos gusto que estas y servirán para completar la excelente idea de la Virgen santísima. Por mi parte prefiero dejar en el ánimo del lector el deseo de indagar mas antes que molestarle con lo que pudiera añadir.

§. IV.—Que María es la luna de la iglesia (4).

I. No alumbran mas luminaires á este mundo visible que lumbreras á la iglesia. Sus estrellas son los santos,

(1) Orat. de nativit.

(2) Serm. 59.

(3) Serm. de Circumc.

(4) Adición de la madre María Jacoba de Blemur.—«Los san-

tos brillarán como estrellas en toda la duración de los siglos. Estarán vestidos de claridad y serán unas criaturas transformadas en Dios; sin embargo se di-

que no se diferencian menos en luz, tamaño y hermosura que las que están fijas en el cielo, ni son menos infinitas en número ó notables por sus diversos efectos, influencias y aspectos que aquellas. Unos no aparecen jamás sobre el horizonte y son los que huyen cuanto pueden de los hombres para ser mejor conocidos de Dios: otros no se retiran jamás debajo de nuestro hemisferio y son los que continuamente se emplean en obras de caridad para con el prójimo. Unos parecieron al principio de la noche como los antiguos patriarcas, otros á la mitad como los profetas, y otros al amanecer como el santo precursor y los apóstoles, á quienes podíamos también comparar por buenas razones con los doce signos del zodiaco (1). Algunos lloran como hiadas, y otros se rien como el astro de Jupiter llamado el Jovial por los astrólogos. Algunos se estuvieron quietos en sus celdas como las estrellas del firmamento, y otros corrieron el mundo como los planetas produciendo en todas partes frutos de santidad. Unos viven solitarios, y otros hacen vida comun. Hay estrellas de invierno, como son los mártires, y estrellas de estío, como son los confesores que sufrieron las fatigas y la inclemencia de las estaciones mas duras del año. Yo hablaria de las propiedades de otras estrellas, si no fueran pura imaginacion de la astrologia judiciaria.

*El Salvador es el sol del mundo y la Virgen la luna.*

II. La sagrada escritura nota que entre tantas lumbreras hizo Dios dos no menos incomparables por su cla-

ferenciarán unos de otros como los astros que vemos fijos en el firmamento. Su tamaño, hermosura é influencia no será igual como no lo fué su conducta en la tierra.»

(1) S. Anastas. Sinait., lib. 4 in hexameron.

ridad que inimitables en sus efectos. Hablo del sol y de la luna, y entiendo por el primero el Salvador del mundo y por el segundo su santísima madre. Los antiguos egipcios adoraban al sol y le llamaban el hijo visible del Dios invisible. Los cristianos adoran al Salvador reconociéndole por el hijo único de Dios y confesando que ni el sol, ni otra criatura alguna se le asemeja en ninguna calidad. Los orientales adoran hoy á la luna como el astro que con sus diversas fases va gobernando la vida de ellos y proporcionándoles toda suerte de bienes: los verdaderos hijos del Oriente adoran á la madre de Dios como á un astro benéfico, el cual aunque muda de cara y aspecto, no deja de ser constante é invariable en sus provechosas influencias. Para decir juntamente algo de estas dos singulares lumbreras antes de meterme en las propiedades particulares de la luna conviene creer que no sin motivo las crió Dios á entrambas el dia cuarto, sino que fué un pronóstico de lo que debia suceder en la edad cuarta ó cuarto millar del mundo, al que estaba reservada por un privilegio sin igual la dicha de ver el nacimiento de Jesus y de María, que son las dos lumbreras del universo. Por mi parte hallo que S. Anastasio Sinaita dice con mucha razon que el sol y la luna fueron formados en la tierra y de aquí trasladados al cielo. Con efecto los sagrados libros hablan diversamente del sol y la luna y de las otras estrellas, porque de estas dicen que Dios las hizo en el firmamento; pero en cuanto al sol y la luna advierten expresamente que habiéndolos criado Dios los colocó en el cielo. Misterio admirable, por donde aprendemos que Jesus y María debian de ser no menos el honor de la tierra que del cielo, y que así como estaban destinados á servir de ornamento á la mansion de los bienaventurados, era conveniente que la tierra pudiera gloriarse de haberlos dado al cielo. Por eso el sol y la luna fueron criados primeramente para

alumbrar á este mundo inferior, como se ve al principio del Génesis, y despues para alegrar eternamente á los habitantes de las regiones celestiales, de la misma manera que Jesus y María debian de iluminar con sus singulares ejemplos á la iglesia militante antes de ser las lumbreras de la triunfante. El sol y la luna son las causas universales de todas las generaciones de la tierra, el uno por la virtud de su calor y el otro por su frescura y humedad. Jesus y María son los principios generales de todos los efectos de la gracia, aquel por la eficacia de sus méritos y esta por la dulzura de su increíble bondad. «El sol, dice el Sinaíta, fué hecho de una materia elemental y de la luz subsistente y criado el primer día del mundo, para que fuese un manantial de claridad tanto en la tierra como en el cielo; y Jesus fué compuesto de un cuerpo material y pasible semejante á los nuestros y de la luz increada y subsistente de la divinidad para ser un principio de gracia, de vida, de gloria y de luz en toda la eternidad. La luna fué verdaderamente vaciada de la misma materia elemental que el sol; pero tomó prestada toda su luz de él, así como la Virgen santísima tiene un cuerpo de la misma naturaleza que el de su hijo, de quien recibe absolutamente todo lo que es ya por gracia, ya por gloria.»

*Diversas semejanzas de la luna con la virgen Maria.*

III. Fijándome mas inmediatamente en lo que toca á la luna, digo que el abad Ruperto notó con mucha oportunidad que aunque aquel planeta debe toda su luz al sol, no la guarda para sí, sino que la comunica al punto á la tierra (1): de la misma manera aunque la Virgen sea

(1) Lib. 6. in Cant.

deudora á su hijo de toda la gracia que posee, no quiere poseerla sola, sino reconociendo el amor que aquel profesa á los hombres, derrama de continuo sobre ellos la luz recibida. Un docto moderno (1) dilucida el bello pensamiento del devoto abad diciendo que la luna es en cierto modo la esposa del sol y que recibiendo el vigor varonil de este astro y como concibiendo de él, envia á la tierra los benéficos efectos que nacen de su conjuncion; de suerte que aunque la luna por sí sola no pueda nada, fecundada por el aspecto favorable del padre de la luz proporciona en tales términos sus influencias á la disposicion de la tierra, que se hace necesaria á todas las operaciones de esta. De ahí proviene el poder que tiene sobre nuestros cuerpos, los cuales se sienten de su proximidad y de su distancia, de su plenitud, de sus crecientes y menguantes y de todas sus variaciones. Ella regula las crisis de las enfermedades, influye en el buen ó mal pronóstico, aumenta y disminuye la virtud de los medicamentos: de ella dependen las épocas favorables para plantar, sembrar, podar y viajar así por mar como por tierra y casi toda la direccion y gobierno de nuestra vida natural. En una palabra es necesario que todas las gracias del sol para sernos propicias pasen como por las manos de la luna y que allí sean moderadas y acomodadas á nuestros usos. Excelente imágen de la madre de Dios, la cual en calidad de esposa recibe del Salvador todas las gracias que son necesarias á nuestra vida espiritual, y teniéndolas en su seno les da nueva fuerza y las acomoda de tal suerte á nuestras necesidades, que así como ella tiene su influencia sobre todas nuestras acciones, así necesitamos nosotros recurrir á ella en todo cuanto comen-

(1) Georgius Venetus, Harmoniæ mundi, Cant. 4, tomo 4, capítulo 38.

zamos, so pena de emprenderlo fuera de sazón y con peligro de algun contratiempo.

IV. El docto Plinio da dos buenas calidades á la luna, que convienen extraordinariamente á la madre de Dios: la una que es muy amiga de nuestra tierra y la otra que gobierna todos los pronósticos y conjeturas que sacamos del cielo. ¿Y qué cosa hay mas cierta en el mundo que la infalible verdad de que en ninguno de los santos hallamos un refugio y amparo semejante al que experimentamos en la virgen María, la cual ama singularmente á los hombres y no cesa de hacerles bien? ¿No sacamos de ella las señales certisimas de la amistad que Dios nos tiene, de nuestra reconciliacion con su soberana majestad, de nuestra salvacion eterna y generalmente de todo lo que se trata en el cielo para nuestra felicidad? Pero el Espiritu Santo me sugiere pensamientos mucho mas altos, cuando dice por boca del Eclesiástico que la luna marca los tiempos, señala los años y ordena las fiestas: que es máquina de ejército que hay en las alturas, y brilla maravillosamente en el firmamento del cielo (1). ¿Qué puede decirse ni mas natural, ni mas ventajoso á la madre de Dios? Con efecto ¿no es ella quien gobierna nuestros dias, nuestros años y nuestras vidas, y de quien depende singularmente despues de Dios toda la dicha que esperamos? ¿No es ella la que mide nuestros goces y contentos? Y sin ella ¿no podriamos despedirnos de todos los regocijos y dulcedumbres que esperamos del cielo? ¿No es el instrumento general de la bondad y misericordia de Dios para la conversion de los pecadores, el aprovechamiento de los justos y la santificacion de los perfectos?

V. ¡Oh Maria, madre de las madres, virgen de las

(1) Eccli., c. XLIII.

virgenes, estrella de las estrellas y delicia de las almas fieles! exclamaba el autor de la contienda de la iglesia con la sinagoga, que se halla entre las obras de S. Agustin. ¡Qué obligados estamos á tu bondad! ¡Qué dulcedumbre recibimos por tu medio! ¡Con qué gracia favoreces á los que tienen la dicha de conocerte y amarte! ¿Quién podrá contar el número de tus beneficios? ¿Quién podrá declarar los efectos de tus benéficas influencias? ¿Quién tendrá medio de hablar dignamente del cuidado con que miras por nosotros. Abismate, alma mia, en estos gratos pensamientos; anégate en estos dulces sentimientos; y prepárate á ver algun dia maravillas, que ni el ojo vió, ni el oido oyó, ni el corazon del hombre puede comprender.

§. V.—Que Maria es el sol del mundo.

I. Dice el emperador Mateo Cantacuzeno: «No os figureis que hay inconveniente en que la que acabamos de comparar á la luna, sea tambien llamada un sol, porque le damos estos diversos nombres por diferentes consideraciones. Decimos que es un sol, porque el Verbo divino habitó en ella como en su tabernáculo, y porque ella tiene en sí la plenitud de la luz como él. Por otra parte le damos el nombre de luna, porque ella no tiene de suyo la luz que posee, sino que la toma toda prestada de su hijo, que es el único sol de justicia. «Antes que el devoto príncipe el máximo doctor S. Gerónimo tuvo el mismo pensamiento, porque explicando estas palabras del salmo XVIII: *Puso su tabernáculo en medio del sol*; sostiene que deben de entenderse del seno de la gloriosa Virgen, y añade que para que viniese á ser un sol radiante la que antes no era mas que una estrella, le comunicó su hijo tanta copia de luz, que no pudieron sufrirla los ángeles. Despues de él el santo cardenal Pedro Damiano da vue-